

Luego, somos bautizados en agua. Enterramos nuestras vidas viejas en el agua y comenzamos una vida nueva: “Pues por el bautismo fuimos sepultados con Cristo, y morimos para ser resucitados y vivir una vida nueva, así como Cristo fue resucitado por el glorioso poder del Padre.” (Romanos 6:4) Cristo lo llama nacer de nuevo, un nacimiento del agua y del Espíritu.

Damos la espalda a los caminos del mundo e intentamos vivir por Dios. La Biblia lo llama arrepentimiento: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.” (Hechos 2:38) Dios nos perdona los pecados y nos da el Espíritu Santo para guiarnos en la vida nueva.

De esta forma, encontramos el sentido de la vida, un propósito para nuestro vivir, junto con una esperanza para el futuro.

No sabemos mucho más acerca de este carcelero, pero sí sabemos que no se mató esa noche. Encontró la forma de llenar ese vacío en su alma..

No podemos llenar ese vacío nosotros mismos; necesitamos la ayuda de Dios. Ese vacío solamente se puede llenar con la persona de Jesucristo. El nos quitará por siempre esas dudas y angustias, reemplazándolas por gozo y fe.

Es cuestión de permitirle hacerlo.

Para saber más acerca de lo que Dios nos ofrece, pregunta a la persona que te dio este tratado o visita la iglesia de Cristo más cercana a tu casa.

© Autor: *Timothy Archer*



Heraldo de la Verdad
P.O. Box 2439
Abilene, TX 79604
325-698-4370 • 800-234-7995
Fax: 325-691-5736

Ese vacío interior



El suicidio era la única salida. Lo iban a matar de todos modos. Si uno cuidaba prisioneros para el Imperio Romano, no podía esperar misericordia alguna en el caso de que uno de ellos se escapara. Vida por vida, era la regla romana.

Y este carcelero no había perdido a un prisionero solamente. Se le escapó una prisión entera.

Claro que él no tenía la culpa. Hubo un terremoto, y el sismo abrió todas las puertas.

Pero a los romanos eso no les importaba. Vida por vida.

El carcelero sacó su espada, respiró profundo y...

“¡Espera!” una voz clamó. “No te hagas daño. Estamos todos aquí.”

¿Estaban todos? ¿Sería posible? El carcelero pidió luces, revisó la cárcel, y se dio cuenta de la verdad. Ninguno se había escapado.

Sabía de inmediato quiénes eran los responsables. Esos prisioneros locos en la parte más adentro de la cárcel habían pasado la noche cantando. No esas canciones que los borrachos solían cantar. Canciones acerca de un tal Jesucristo. Ahora el carcelero quería saber más acerca de ese hombre.

“¿Qué debo hacer para ser salvo?”

Fue la pregunta que el carcelero hizo cuando se tiró a los pies del apóstol Pablo.

Es la pregunta que todos debemos hacer. Porque la respuesta a esa pregunta contesta tantas preguntas más: ¿Dónde hay amor? ¿En qué consiste la felicidad? ¿Mi vida tendrá algún propósito?

Y la gran pregunta: ¿Qué hago con este vacío que siento por dentro?

Como el carcelero, muchos no encuentran ninguna salida para su vida. Los amigos nos fallan, o les fallamos nosotros. El dinero va y viene. Estudiamos, trabajamos,

amamos, reímos, lloramos... y parece que todo es inútil.

¿De qué nos sirve? Si no encontramos más que un vacío en nuestro interior, ¿de qué nos sirve?

Crece la oscuridad, la esperanza se pierde, y no encontramos ninguna solución. Hasta el momento en que hacemos la pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”

Entonces, recibiremos la misma respuesta que recibió el carcelero: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo...” Lo que puede llenar ese vacío que tenemos por dentro es una persona, no una cosa. Necesitamos a Jesucristo.

¿Creer nada más? Sí, si comprendemos que creer en Jesucristo es más que reconocer su existencia.

Si digo que creo en mi médico, no estoy diciendo que creo que egresó de una escuela de medicina. Estoy diciendo que estoy dispuesto a poner mi fe en él. Creo que él puede atender bien mis enfermedades. Y estoy afirmando que estoy dispuesto a seguir las indicaciones que me dará.

Vemos en la historia de este carcelero que creer en Jesucristo es algo parecido. El carcelero llevó a Pablo y su amigo a su casa y atendió sus heridas. Luego el carcelero fue bautizado, junto con su familia. Y la Biblia dice al final de la historia: “y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios.” (Hechos 16:34) Esa creencia no era un ejercicio mental; la creencia del carcelero le llevó a la acción.

La fe en Cristo nos cambiará la vida. Comenzamos por proclamar al mundo que tenemos fe en Jesucristo. La Biblia lo llama confesar a Cristo: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” (Romanos 10:9–10)